



Capítulo 9: No me extraña que estés solo

"Bueno, dicho esto...", comenzó Vergil, con un tono que indicaba que tenía otra cosa en mente. "¡Me largo!" Con una sonrisa pícaro, se dio la vuelta y echó a correr. Sus pasos resonaban por el pasillo mientras salía apresuradamente del edificio.

Sin embargo, en cuanto salió, listo para correr hacia la puerta de salida, algo lo detuvo de inmediato. El cielo, que debería haber estado despejado y despejado, estaba ahora cubierto por una extraña película roja, como si se hubiera erigido una cúpula translúcida alrededor.

"No te irás a ninguna parte, amigo... Ya lo dije", resonó la voz del exorcista tras él, tranquila y controlada, mientras se acercaba lentamente. Vergil sintió un escalofrío. Había visto algo similar antes cuando el Ángel Caído lo atacó, pero esta vez... Esta vez era más consciente del verdadero peligro.

"¿Q-Qué?", tartamudeó Vergil, con el corazón acelerado. No podía creer lo que veía, pero el miedo lo dominaba. La cúpula roja parecía una prisión, y sabía que escapar no sería fácil.

"¿No te parece gracioso que los demonios existan y el mundo exterior nunca los note?", continuó el exorcista con una fría sonrisa. "Es una regla simple. 'Cubo del Dominio'". Levantó un extraño cubo en su mano, adornado con runas y símbolos arcanos que brillaban con una luz siniestra.





"A las brujas les encanta venderlos. Una imitación completa de la realidad, una dimensión de batalla...", explicó el exorcista con indiferencia, como si hablara del clima.

Dentro de esta cúpula, nadie nos notará. Ningún sonido, ninguna vista, ninguna presencia será detectada por el mundo exterior. Aquí, tú y yo estamos solos, demonio; aunque destruyamos algo dentro, no afectará al exterior... Solo ven, pequeño demonio.

¡Maldita sea! ¡Este tipo! —pensó Vergil, sintiendo el miedo invadir su cuerpo...

"Normalmente me presento; me llamo León, un exorcista de la Santa Iglesia", dijo mientras un arma de hoja dorada aparecía en su mano...

"Ahora... ¿de qué clan eres?" preguntó León.

Vergil sintió un vacío en la mente. ¿Clan? Nunca había oído hablar de un "clan demoníaco".

¿Qué significa eso?

¿Cómo podría responder algo que no sabía?

Vergil tragó saliva con dificultad mientras su mente daba vueltas en busca de una respuesta.

Estaba perdido, sin una idea clara de cómo proceder.





¿Un clan de demonios? Ni siquiera sabía que existía... ¿Cómo demonios voy a responder a eso?

—No tengo clan —respondió, dejando al Exorcista desconcertado—. Un demonio fugitivo... qué divertido... —murmuró...

Pero Virgilio... no huía... ¿verdad? —¡No! ¡Claro que no!

"Espera..." Vergil intentó hablar, pero sus palabras fueron interrumpidas abruptamente. Antes de que pudiera terminar la frase, Leon se movió con una velocidad impresionante, su espada dorada cortando el aire hacia Vergil.

Por reflejo, casi automáticamente, el cuerpo de Vergil reaccionó, esquivando por poco, pero no a tiempo para evitar el golpe por completo.

La hoja le rozó el brazo, dejándole una herida profunda que ardía con un dolor intenso.

Vergil miró la herida, esperando que sanara rápidamente, como siempre ocurría.

Pero algo estaba mal.

La herida no cicatrizaba; en cambio, la piel a su alrededor estaba marcada por extrañas quemaduras, como si hubiera sido tocada por fuego sagrado.





"¿Qué demonios...?", murmuró Vergil, sintiendo un dolor punzante que se extendía por su brazo. El impacto de la espada de Leon fue diferente a todo lo que había sentido jamás.

"Parece que no eres un demonio cualquiera", dijo Leon con una sonrisa fría. "Esta espada está bendecida. No permite que las heridas demoníacas sanen fácilmente. Pero esquivándola... Tienes buenos reflejos..."

Vergil sintió que su cuerpo ardía de rabia, y ahora... a pesar del miedo... un detonante instintivo se había activado...

"La supervivencia del más apto", pensó.

Apretó los dientes mientras trataba de comprender qué le estaba pasando a su cuerpo.

Cada músculo, cada fibra, parecía tensa, lista para entrar en acción.



Podía sentir una energía creciente, algo más allá de su control...

"¿Un maniático de las batallas?", pensó León al ver cómo Vergil parecía prepararse para la pelea...

Vergil no estaba en su mejor estado y tal vez no lo haya notado, pero una sonrisa demoníaca estaba claramente estampada en su rostro...



"¿Hablas en serio?", se burló León, genuinamente interesado... Era casi imposible que un demonio confundido como él fuera fuerte. Sin embargo... tenía una corazonada...

No había un solo demonio recién nacido que pudiera luchar contra él...

"Su presión no es fuerte... Creo que puedo jugar un poco", pensó León.

Los dos se miraban fijamente, esperando el primer movimiento del otro mientras la tensión en el pasillo aumentaba...

León se quedó quieto mientras su espada continuaba irradiando una extraña energía sagrada, y Vergil se concentró en no perder el control... Estaba temblando de rabia por la situación.

—Vamos... vas a luchar con todo, ¿verdad? —murmuró León, más para sí mismo que para Vergil, quien, por supuesto, lo oyó con claridad...

Podía ver el rostro del hombre frente a él, completamente distorsionado en una máscara de odio y locura con esa extraña sonrisa...

"Un demonio sin clan... no debería exudar este calor... Los demonios sin clan son demonios que no han recibido la bendición de su amo al nacer; abandonan a sus amos y corren sin control... pero... este tipo... tiene un amo..." León analizó la máscara que Vergil le mostró; algo no encajaba...



"Necesito saber el poder que heredó... sí lo sé, puedo descifrar su clan...", murmuró. Estudiar criaturas como Vergil era más que una tarea; era una ciencia, un juego de poder y control.

Este pensamiento lo excitó.

Vergil, por otro lado, no tenía idea de que estaba siendo analizado como un animal en un laboratorio.

Para él, cada segundo era una lucha desesperada por sobrevivir, por eso no se había movido aún y lo miraba fijamente... Necesitaba un plan...

Pero no podía concentrarse, el dolor en su brazo ardía, pero solo alimentaba su furia.

"No puedo perder... no ahora..." Pensó, tenía mucho más que entender...
"Vamos."

Sin previo aviso, Vergil cargó, moviendo su cuerpo a una velocidad sorprendente.

Sus pies apenas tocaron el suelo cuando se lanzó hacia León, con el puño cerrado en un arco de destrucción pura. Tenía técnica, después de todo, sabía boxear; combinada con fuerza bruta y rabia.

Fue una apuesta.



León, sin embargo, fue más rápido. Con un movimiento casi casual, se desvió hacia un lado, dejando que el golpe de Vergil cayera al aire.

El exorcista sonrió, visiblemente divertido.

"¿Cómo?!" Vergil estaba confundido; se movía a una velocidad que el ojo humano apenas podía seguir... "No me digas eso...", pensó, mirando a los ojos del hombre, que brillaban con un brillo dorado...

—Vamos, puedes hacerlo mejor que eso, demonio —se burló Leon, girando su espada en un movimiento que parecía más de exhibición que de ataque.

Estaba jugando con Vergil, probando sus límites, esperando ver hasta dónde podía llegar el joven demonio antes de romperlo.

"¡Maldita sea!" rugió Vergil en respuesta, ignorando por completo la burla.

Giró en el lugar, lanzando otro puñetazo, luego otro, y otro.

Cada golpe era más poderoso que el anterior, sus puños cortaban el aire con una velocidad y fuerza que haría retroceder a cualquiera.

Pero León no.

Esquivaba cada golpe como si fuera un día normal... Era simplemente... implacable.

No estaba contraatacando, todavía no.



Cada esquivada tenía un propósito: estudiar, analizar, comprender.

La furia ciega de Vergil lo fascinó, una rara oportunidad de ver el verdadero potencial de un demonio recién nacido.

El pasillo comenzó a mostrar los efectos de la batalla.

Los golpes de Vergil, cuando no alcanzaban a Leon, se colaban en las paredes y armarios que los rodeaban.

El metal y el hormigón cedieron bajo su fuerza devastadora.

Un golpe particularmente poderoso rompió un pilar y los escombros cayeron a su alrededor mientras Vergil continuaba su implacable ataque.

"¡No puedo más!" Vergil, aún poseído por la rabia, intentaba pensar con cuidado cómo actuar, pero cada vez que se concentraba, oía un pequeño chiste...

—De verdad que eres fuerte, lástima que no puedas pegar —dijo León, que aunque cansado y sin ganas de hacer su trabajo, se estaba divirtiendo.

Él no estaba preocupado en absoluto.

Podía ver que, aunque Vergil era fuerte, estaba desperdiciando energía.



"Estás luchando como un animal acorralado, sin estrategia, sin control", comentó sonriendo; sabía que esa era su mayor debilidad.

—Me estás empezando a molestar, ¿sabes? —dijo León, burlándose, esquivando un puñetazo que pasó peligrosamente cerca de su cabeza.

Con un giro rápido, evitó otro golpe y empujó a Vergil con un simple empujón de su espada.

No fue un corte, pero la fuerza fue suficiente para hacer que Vergil se tambaleara hacia atrás, chocando contra un armario y casi cayendo.

¡Maldita sea! —jadeó Vergil, con el pecho agitado y el sudor goteando por su rostro; ni siquiera podía hablar, su cuerpo no respondía adecuadamente.

Empezaba a cansarse, cada golpe desperdiciado le quitaba energía. Pero no podía detenerse, no podía retroceder.

Cada fibra de su ser gritaba que siguiera adelante, que luchara hasta que no quedara nada.

Reunió todas sus fuerzas. "¡Yo... te... destruiré!", gruñó Vergil, jadeando mientras se preparaba para otro ataque.





León no respondió. Simplemente observaba, con los ojos ocultos tras las gafas, pero su postura relajada indicaba que ya había tomado una decisión.

Ya había visto suficiente. Era hora de mostrar la diferencia entre ellos, de enseñarle a este demonio inexperto lo que significaba enfrentarse a un exorcista.

Vergil atacó de nuevo, pero esta vez, antes de que pudiera acercarse, León se movió. Fue un movimiento rápido, casi imperceptible. Se deslizó a un lado y, en un segundo, estaba detrás de Vergil. Antes de que el joven demonio pudiera reaccionar, León levantó la pierna y le asestó una brutal patada en la espalda.



El impacto fue devastador. Vergil salió despedido hacia adelante con una fuerza tremenda, estrellándose contra un pilar, destruyéndolo por completo.

"¡Urgh!" Gritó de dolor, sintiendo sus huesos protestar por el impacto, pero no tuvo tiempo de recuperarse.

León estaba sobre él nuevamente, su espada apuntando hacia el rostro de Vergil.

'!!!'



Vergil apenas logró esquivarlo, pero aun así, la hoja rozó su mejilla, dejándole un corte superficial que ardía como fuego.

León no intentaba matarlo, todavía no. Estaba disfrutando, prolongando la pelea para su propio placer.

Vergil lo sabía y eso sólo aumentó aún más su ira.

Se lanzó hacia arriba, intentando agarrar a León, pero el exorcista saltó con un simple salto, girando en el aire y aterrizando con gracia a unos metros de distancia.

—Eres patético —dijo León, con la voz cargada de desprecio—. Un demonio sin clan, sin propósito, sin control. Con razón estás solo. ¿Quién querría a alguien tan débil?

Estas palabras fueron como veneno para Virgilio.

Algo dentro de él se rompió, una cuerda que había estado estirada hasta su límite finalmente se rompió.

Sintió una extraña energía recorriendo su cuerpo... 'Magia demoníaca... Esto... Muéstrame más...' pensó Leon, viendo como Vergil comenzaba a sanar con una energía roja.

—¡Ven aquí! —rugió Vergil, un sonido que no era del todo humano, y cargó con todas sus fuerzas.





Pero León estaba listo...

El exorcista bloqueó el ataque con su espada, desviando el golpe con facilidad, y luego contraatacó con un poderoso puñetazo que golpeó a Vergil en el estómago.

La fuerza del golpe hizo que el joven demonio escupiera sangre mientras su cuerpo era arrojado hacia atrás, estrellándose contra otro gabinete y estrellándose contra una pared.

"¡Bleehehh!" Vergil vomitó sangre mientras su cuerpo parecía convulsionarse de dolor.

¡Oye, recuerda usar tus Boletos Dorados y Piedras de Poder para ayudar a que el trabajo alcance nuevas alturas!

